

## La autobiografía intelectual como antinomia en la escritura de mujeres

Margarita Saona

University of Illinois at Chicago

Josefina Ludmer empieza su seminal ensayo *Las tretas del débil* previniéndonos en contra de una práctica que se había hecho popular entre la crítica feminista de los años 80: la de alabar los espacios tradicionalmente femeninos en tanto femeninos por medio de lecturas que ella denominó tautológicas<sup>1</sup>. Lo que debería interesarnos, sostiene Ludmer, no son los espacios de lo “femenino”, sino las formas en que las mujeres se han apropiado de aquello que supuestamente les era ajeno:

Se sabe que en la distribución histórica de afectos, funciones y facultades... tocó a la mujer dolor y pasión contra razón, concreto contra abstracto, adentro contra mundo, reproducción contra producción; leer estos atributos en el lenguaje y la literatura de mujeres es meramente leer lo que primero fue y sigue siendo inscripto en un espacio social. Una posibilidad de romper el círculo que confirma la diferencia en lo socialmente diferenciado es postular una inversión: leer en el discurso femenino el pensamiento abstracto, la ciencia y la política, tal como se filtran en los resquicios de lo conocido. (Ludmer, 1984: 47)

La posición que toma Ludmer se opone entonces a las que buscan definir una escritura femenina que se destaca por ser una manifestación del cuerpo, o de las emociones o de los espacios privados. En el terreno literario, los estudios feministas se concentraron en recuperar la idea de una producción de mujeres dentro de lo que el establishment literario consideraba entonces como “géneros menores”: la novela romántica, los epistolarios, la poesía lírica, las memorias. Estos eran géneros a los que las mujeres supuestamente tenían más fácil acceso, ya que se vinculan a los ámbitos socialmente aceptados como femeninos, los ámbitos privados.

En tanto género literario la autobiografía representa un caso curioso, ya que precisamente se ocupa de hacer público lo privado. Al mismo tiempo, quienes escriben autobiografías son, por lo general, figuras públicas que deciden dar a conocer una versión personal sobre su propia vida y como lectores, aceptamos que lo que se está narrando se refiere a la vida “real” de un narrador en primera persona.<sup>2</sup> La autobiografía confirma el

---

<sup>1</sup> El estudio de Ludmer es un análisis semiótico de “La Respuesta” de Sor Juana. Sin embargo, el término “las tretas del débil” ha sido apropiado por la crítica feminista latinoamericana como cualquier estrategia empleada por las escritoras, que muestre una manera de contestar al sistema dominante desde una posición de subordinación.

<sup>2</sup> Conviene recordar que la autobiografía, como cualquier otro texto, es una construcción, una fabricación de su autor. Dado los límites de este trabajo, no discutiré la problemática teórica que implica el género autobiográfico en tanto un narrador que escribe acerca de sí mismo. Para una

carácter público del autor que se convierte en personaje al narrar una historia en su mayor parte privada. De este modo, ya incluso antes de plantearse una problemática de género sexual, la autobiografía como género textual traiciona las contradicciones de una supuesta separación entre lo público y lo privado. Ese desliz entre dos ámbitos cuya demarcación de género ha sido central en la segregación de las mujeres tanto en el terreno simbólico como en el material, hace de las autobiografías de mujeres un material particularmente rico para la exploración de la relación entre la escritura femenina y la historia.

De los ejemplos que usaré sólo uno se proclama autobiografía. Sin embargo, en todos el elemento autobiográfico cumple la doble función de presentar la historia personal para inscribirse en el espacio público, y en todos el sujeto autorial se autoriza dando cuenta de su formación como intelectual.<sup>3</sup> Si pensamos que la autobiografía convierte la vida de su autor o autora en “pública” y somos concientes de la diferencia de connotaciones entre las frases “hombre público” y “mujer pública”, el recurso de presentar la formación intelectual como elemento fundacional se vuelve imprescindible. Gracias a él, estos textos autobiográficos no sólo son una intervención de las mujeres en el espacio público por publicar sus intimidades, sino que por medio de ellos las escritoras se construyen como sujetos activos en la esfera del pensamiento.

Ya Sylvia Molloy ha notado el problema de la autorepresentación con marca de género: ¿qué dice una escritora cuando dice ‘yo’? Cuando Molloy habla de “mujeres que escriben” plantea a la “mujer escritora” como una antinomia: un sujeto, tradicionalmente percibido como privado y carente de autoridad, se presenta como autora, con la carga de poder intelectual que eso supone en la esfera pública. (Molloy, 1991). Lo que Molloy nota es que en muchos de los textos escritos por mujeres, incluso aquellos que no son leídos como autobiográficos, hay una marcada preocupación por una inscripción institucional, por una negociación con la imagen pública que puede manifestarse de maneras extremadamente diversas: en algunos casos, hay poemas que obsesivamente repiten el nombre propio, en otros, la recreación de una imagen especular (o espectacular), en otros, la manipulación de figuras de la mitología que se convierten en máscaras del yo femenino, pero en todos los casos, la necesidad de confrontar la propia subjetividad como mujer con un establishment que no les ha dado a las mujeres un lugar en el espacio público o que les ha otorgado identidades prefijadas (madre, maestra, musa).

En los textos que me ocuparán, la confrontación es declarada: el yo autobiográfico quiere demostrar que tiene una inserción legítima en el mundo intelectual. Es cierto que la formación intelectual –el gusto por los libros, en particular- aparece con frecuencia en las autobiografías. Es la propia Sylvia Molloy en su estudio sobre la escritura autobiográfica

---

consideración del texto autobiográfico como tal véase Philippe Lejeune (1975) y para las formas que ha adoptado la autobiografía en Hispanoamérica véase Sylvia Molloy (1996).

<sup>3</sup> En el caso de sujetos como Rigoberta Menchú o Luisa Capetillo, en los que su propia situación de marginalidad es la que las hace buscar acceso al espacio público, la identidad marginal sirve también como fuente de autoridad: “yo puedo hablar de ello, porque yo he tenido esa experiencia”. La identidad de indígena maya en Menchú y de obrera en Capetillo se resaltan a la par que su acceso al mundo intelectual. Desarrollaré este punto más adelante.

en Hispanoamérica, *Acto de presencia*, quien resalta lo que ella llama “La escena de lectura” y señala que no sólo es frecuente entre escritores hispanoamericanos, sino que “es un lugar común de toda autobiografía de escritor. (Molloy, 1996: 32). Los pasajes en los que el autobiógrafo se representa a sí mismo como un lector temprano surgen, dice Molloy, porque el autor “verá sin duda con buenos ojos cualquier experiencia de juventud que pueda interpretarse como promesa de la futura vocación y por ende hará hincapié en ella”. (32) El énfasis en la literatura confirmaría además el carácter literario de la propia autobiografía como una “estrategia autorreflexiva, que recalca la naturaleza textual del ejercicio autobiográfico, recordándonos que detrás de todo hay siempre un libro”. (32)

Con respecto a esa escena de lectura en la autobiografía hispanoamericana, Molloy explora las ramificaciones que surgen de la imagen de un lector que habla de una identidad americana sosteniendo un libro europeo en la mano. Y, sin embargo, esas escenas de lectura que Molloy estudia revelan también, en esas recreaciones de la novela familiar del autobiógrafo como lector, la marca de género. La madre que no lee, o que lee pobremente, o la que impulsa a leer, parecen figurar de manera prominente, ya sea como influencias o como obstáculos en las preferencias del autor. (Molloy, 1996:30-32). El limitado acceso de la madre a la educación, la voracidad de la lectura indisciplinada de la madre o la excepcionalidad de tener una madre de inclinaciones intelectuales va a acompañar a esas imágenes del joven lector en formación. ¿Qué ocurre entonces cuando el sujeto que la narración construye es el de una lectora que devendrá en escritora? ¿Se trata del mismo proceso por el cual el autobiógrafo varón afianza la imagen de una vocación literaria y resalta la naturaleza textual de la autobiografía misma? En parte. Pero el gesto –en un texto escrito por una mujer- también reconstruye el proceso por el cual el sujeto femenino empieza a socavar las invisibles barreras que la separan del espacio público. Cuando es una niña la que lee en la autobiografía, esa lectura, incluso cuando empieza en el espacio privado del hogar, se convierte en una forma de trasgresión, de un acceso a un mundo – aunque literario- mucho más grande que el del espacio doméstico y el de las tradiciones familiares. Ya en la lectura el espacio privado deja de ser privado y el acto íntimo de escribir acerca de una misma se transforma en el acto público de hacerse escritora.

A continuación analizaré cinco ejemplos en los que el texto autobiográfico reconstruye una figura que se consolida en la formación intelectual.

### **La autobiografía intelectual como defensa**

El caso tal vez más evidente de autobiografía intelectual es la famosa *Respuesta* de Sor Juana<sup>4</sup> La carta de Sor Juana responde al Obispo de Puebla, que con el seudónimo Sor Filotea de la Cruz la urge a dejar de lado la escritura sobre asuntos teológicos, después de haber, él mismo, publicado un escrito de Sor Juana en el que ella debatía el sermón de Antonio Vieyra sobre las finezas de Cristo. Sor Juana le responde a “Sor Filotea” justificando su quehacer intelectual. Por un lado, sus inclinaciones intelectuales son

---

<sup>4</sup> Molloy no considera que la *Respuesta* deba ser estudiada como una autobiografía. Se distancia de la definición que Molloy usa de autobiografía entre otras cosas por estar dirigida a un lector privilegiado que ejercía poder sobre la autora y por no hacer evidente que “yo soy el tema de mi libro”. (1996:13)

presentadas como un don divino, por otro, usa la historia sagrada y las distintas autoridades de la Iglesia, para mostrar que las mujeres han cumplido un papel fundamental como educadoras y como escritoras. Los aspectos autobiográficos más explícitos en la carta son los que muestran que su pasión por el estudio fue innata y que fue creciendo y desarrollándose junto con ella:

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajená... desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprehensiones (que he tenido muchas), ni propias reflexas (que he hecho no pocas), han bastado a que dexé de seguir este natural impulso que Dios puso en mí... (De la Cruz, 121)

El poderoso argumento de Sor Juana a favor de la educación de las mujeres y del derecho de éstas a enseñar y a escribir empieza por registrar la forma en que este don divino se va cultivando desde su más tierna infancia:

No avía cumplido los tres años de mi edad quando embiando mi madre à una hermana mia, mayor que yo, à que se enseñasse a leer en una de las que llaman Amigas, me llevó à mí tras ella el cariño, y la travessura; y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer... y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía quando lo supo mi madre (122)

El testimonio de Sor Juana da cuenta, al mismo tiempo, de su propio desarrollo hacia el conocimiento y de las limitaciones que sufrían las mujeres de su tiempo:

Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprehenden las mugeres, oí dezir que avía Universidad y Escuelas, en que se estudiavan las ciencias, en México; y apenas lo oí, quando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el trage, me embiasse a México... (122-23)

Sor Juana recuerda como más adelante toma los hábitos porque era “lo menos desproporcionado y lo más decente que podría elegir”. Eso, sin embargo, no implicó dejar los estudios, pero sí “estudiar, sin más maestro que los mismos libros” y en ese proceso de aprendizaje, el estudio de teología se convierte en un núcleo que articula todos los demás saberes:

como entenderá el estilo de la Reyna de las Sciencias quien aún no sabe el de las ancillas?

Como, sin Logica, sabría yo los methodos generales, y particulares, con que està escrita la Sagrada Escritura? Como sin Rethorica entenderia sus figuras, tropos y locuciones? Como sin Física, tantas questiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas yà declaradas, y otras muchas, q ay? (125-126)

La doble justificación de su interés por las letras como un interés por la teología y de su interés por la teología como un interés que no puede prescindir de las demás ciencias, construye un universo de conocimiento en el que nada le es ajeno.

El principal argumento de “Sor Filotea” utiliza la cita de San Pablo que prohíbe a las mujeres hablar en la iglesia. Pero además de su propia biografía como justificación de su voluntad de saber, Sor Juana construye una inmensa genealogía de mujeres sabias, tanto entre las “gentiles” como entre santas reconocidas por la Iglesia, y así se reescribe la educación de las mujeres como una práctica virtuosa. Se pregunta enseguida Sor Juana si entonces lo que prohíbe San Pablo no es el hablar de la mujer, sino el hablar públicamente. El terreno es escabroso, ya que es el propio obispo que ahora se disfraza de Sor Filotea fue quien le sugirió que escribiera y luego publicó el texto que ahora cuestiona. Pero a pesar de decir que no lo escribió para que se publicara, Sor Juana defiende su derecho a escribir: ¿por qué se le condenaría a ella disentir de Vieyra, si Vieyra justamente en su sermón disiente de padres de la Iglesia? “Mi entendimiento, tal, qual, no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar?” (157) En términos que parecen, a pesar de la justificación en el origen divino, extremadamente modernos, Sor Juana aboga por una libertad de expresión para las mujeres en igualdad de condiciones con los hombres, ya que el entendimiento en ambos es creado por Dios. Además justifica la necesidad de la educación de las mujeres, para que así las mujeres mayores puedan educar a las más jóvenes, sin tener que exponerlas a maestros varones. De esta manera, un texto que se presenta como dentro del espacio privado –un intercambio epistolar entre “amigas”- se convierte, a través del relato de la propia formación intelectual, en una intervención sobre el debate de la participación de las mujeres en la esfera del conocimiento y una defensa del propio derecho de la autora para escribir y publicar.

### **La autobiografía intelectual como gesto de empoderamiento**

En el caso de Luisa Capetillo, más distante aun que el de Sor Juana de una autobiografía tradicional, aparecen apenas pasajes en los que relata su propia experiencia dentro de textos que publica, ante todo, con una finalidad política. Luisa Capetillo empieza a publicar en la prensa anarquista portorriqueña en 1907, participando de lo que Julio Ramos ve como un movimiento que intenta romper la hegemonía de la escritura de los intelectuales de las clases dirigentes.<sup>5</sup> (Ramos: 1992, 11-58) Capetillo es una figura pública: se inicia en el oficio como lectora para los obreros de las tabacaleras. El oficio consistía en leer en voz alta mientras los obreros trabajaban. Antes de empezar a publicar, el cuerpo de Capetillo, su voz, ya forman parte de un espacio público: el espacio de la fábrica. Sin embargo, el espacio público al que aspira es el espacio del debate político. Así, cuando empieza a publicar, su escritura se justifica, defiende su propia autoridad.<sup>6</sup> Dice Capetillo: “Al

---

<sup>5</sup> El fascinante ensayo con el que Julio Ramos introduce su edición de la obra de Capetillo presenta la idea de la escritura de Capetillo como una forma de “literatura menor” que –como proponen Deleuze y Guattari- se contrapone a las normas de la institución literaria.

<sup>6</sup> La justificación de Capetillo es doble: se debe justificar como escritora que no ha recibido una educación formal, pero también se debe justificar como obrera que escribe. Dados los límites de este ensayo no exploraré más este tema, ya señalado por Ramos, pero al justificarse Capetillo

publicar estas opiniones, lo hago sin pretender, recoger elogios, ni glorias, ni aplausos. Sin preocuparme de la crítica de los escritores de experiencia”<sup>7</sup>. (Capetillo, 73) Aun así, la autora va a apelar a una triple autoridad. De manera similar a la de Sor Juana, Capetillo alega una vocación natural imposible de refrenar: “Me atrae de modo irresistible la literatura, escribir es para mí la más agradable y selecta ocupación...” (75) Pero a la vocación añade un sentido ético:

el único móvil que me ha impulsado a escribir, aparte del deleite que me proporciona, ha sido decir la verdad, señalar como inútiles ciertas costumbres, arraigadas por la enseñanza religiosa convertida en una imposición tradicional; recordar que las leyes naturales deben obedecerse con preferencia a toda otra legislación y como consecuencia reformar el equivocado concepto que existe sobre la moral, el derecho humano y la igualdad, tratando de que la humanidad sea feliz proporcionando los medios fáciles para su pronta y segura realización. (Capetillo, 75)

Pero ese acceso a la verdad se lo proporciona, en parte, su “curriculum”. Y aunque insiste en diferenciarse de letrados más privilegiados, Capetillo les presenta a sus lectores un curriculum que da fe de su formación intelectual. Citaré un párrafo algo extenso, que presenta la complejidad del argumento de Capetillo:

Yo hablo de todo con perfecta comprensión de lo que digo, con una profunda intuición que me orienta; pero nada he podido estudiar de acuerdo con los preceptos de los colegios, cátedras, o aulas de enseñanza superior; porque nunca me enviaron a ellos. Mi padre tuvo la santa paciencia de enseñarme a leer y a escribir y conocer las cuatro reglas de aritmética, luego concurrí a una escuela dirigida por una profesora isleña, Da. María Sierra de Soler, en cuya escuela fui premiada con varios diplomas, en los exámenes, de las asignaturas de gramática, historia sagrada, geografía, lectura, etc. etc. Hoy me he presentado como propagandista, periodista y escritora, sin más autorización que mi propia vocación e iniciativa, sin más recomendación que la mía, ni más ayuda que mi propio esfuerzo importándome poco la crítica de los que han podido cursar un completo estudio general para poder presentar sus observaciones escritas, protesta, o narraciones literarias, mejor hechas, alegrándome de encontrarlas y saborear su expresión correcta y dispensándola cuando son ramplonas. (74)

A pesar de que Capetillo empieza diciendo que su principal recurso es su intuición – quizás una de aquellas tretas del débil-<sup>8</sup> la escritora procede luego a construir una persona

---

manifiesta no solo las contradicciones implícitas en separar el espacio público y el privado, sino también las de separar el trabajo manual del trabajo intelectual. (Ramos: 43, Capetillo: 123).

<sup>7</sup> Acerca de la puntuación y otras peculiaridades de la prosa de Capetillo, véase la explicación de Ramos en sus notas sobre los criterios de selección, presentación y edición de los escritos. (Ramos: 67-69).

<sup>8</sup> Pierre Bourdieu señala que diversos estudios han demostrado que la llamada “intuición femenina” es una manera en la que las mujeres aprenden a decodificar señales relevantes para ajustar su comportamiento a aquello que puede amenazarlas o beneficiarlas. *La dominación masculina*. Pierre

cuya formación intelectual ha sido probada y reconocida públicamente hasta con premios. El gesto autobiográfico no es pues la develación del mundo privado, de las experiencias íntimas, sino por el contrario, la afirmación de una pertenencia al espacio público del debate intelectual. Al inscribir el aprendizaje y la lectura en la formación del propio yo, se autoriza a este yo a participar en el mundo de la escritura. Si la participación pública de Capetillo empieza como la de mediadora entre la palabra escrita –que lee en voz alta para quienes no pueden leer- y el mundo de la oralidad, su reclamo es el de ser no simplemente un puente entre el texto recibido y sus oyentes, sino el de ser productora de sus propios textos.

### **El caso del testimonio**

Mucho se ha escrito acerca de la problemática que se presenta en el género testimonial: ¿qué ocurre cuando un sujeto subalterno da testimonio de su propia experiencia, pero este es recogido, editado y publicado por otro u otra?<sup>9</sup> ¿Tenemos realmente acceso a la voz del subalterno?<sup>10</sup> La respuesta a la famosa pregunta de Gayatri Spivak –¿puede hablar el subalterno?- presenta más niveles de los que podemos tratar aquí. Sin embargo, el testimonio de Rigoberta Menchú publicado por Elizabeth Burgos muestra una clara conciencia de que se está construyendo una persona que además va a representarse no sólo a sí misma, sino también a su comunidad. El recurso obvio en el testimonio es el de haber sido testigo, el de haber presenciado, o experimentado en carne propia, las injusticias que se quieren denunciar. Elizabeth Burgos, como simpatizante de la causa política de los indígenas mayas, podría haberse centrado simplemente en esos aspectos del relato de Menchú. Sin embargo, el texto transpira una voluntad que va más allá de la inmediata denuncia de los abusos contra los indígenas. El título elegido por Burgos refleja fielmente lo que el discurso de Menchú sugiere: una toma de conciencia, en el sentido político, una formación de un sujeto como agente. El texto manifiesta la conciencia de Menchú, por un lado, de estar hablando en nombre de su pueblo y de querer transmitir no sólo los sufrimientos por los que han pasado, sino sus tradiciones, sus creencias, su riqueza cultural. Por el otro, Menchú construye un “yo” que adquiere la autoridad necesaria para hablar en nombre de los demás. Y en la formación de ese yo es fundamental la educación intelectual y política.

El discurso de Menchú presenta una tensión desde el inicio entre una educación que ella considera necesaria para su crecimiento personal y para poder apoyar la lucha de su pueblo, y por el otro el temor a una especie de contaminación cultural que la educación

---

Bourdieu, traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 2000.

<sup>9</sup> La pregunta por la subalternidad formulada por Gayatri Spivak sigue siendo objeto de debate. ¿De qué manera puede “el subalterno” participar del discurso? Véase “Can the Subaltern Speak?” Acerca del testimonio de Menchú existe ya una amplia bibliografía entre la que se encuentran los trabajos de John Beverly, David Stoll y George Yúdice.

<sup>10</sup> Otra vez, Molloy excluye de manera explícita los testimonios de su estudio sobre la autobiografía, debido a las peculiaridades que rigen este género. (Molloy: 21-22)

puede traer consigo, pero el “yo” que ella construye es el de una voluntad de saber que se sobrepone a las objeciones de los suyos:

Me recuerdo que no sabía hablar el castellano... Yo deseaba un día poder leer o escribir o hablar el castellano. Eso le decía a mi papá, yo quiero aprender a leer... Mi papá tenía una gran desconfianza de las escuelas, de todo eso. Entonces me ponía como ejemplo de que muchos de nuestros primos han sabido leer y escribir, pero no han sido útiles para la comunidad. Tratan de apartarse y de sentirse diferentes cuando saben leer y escribir. Todo eso me explicaba mi papá. Yo decía, no, “yo quiero, yo quiero aprender” y seguía y seguía. (115)

La educación formal es un elemento ajeno a su cultura y, aunque Menchú justifique su interés por aprender como la forma de conseguir herramientas para apoyar a su pueblo, es evidente que hay en ella una sed de conocimiento que no responde únicamente a una motivación política. Aun cuando su hermana regresa decepcionada de haber trabajado como sirvienta en la capital, Menchú insiste: “Entonces yo decía que no importa que la traten mal pero si ella puede aprender el castellano, puede leer... Eran mis ambiciones.” (116) La educación se va a presentar como una perspectiva de futuro y como una forma de alcanzar liderazgo dentro de su lucha política. Su ambición de estudiar va encontrando un lugar como parte de su misión en la liberación de su pueblo. Comprende que una de las divisiones entre las diferentes etnias era no tener una lengua en común y adopta el castellano como una manera de franquear barreras. Decide además aprender mam, cakchiquel y tzutuhil, pero el castellano se presenta como un instrumento en común para combatir la opresión. Así Menchú adopta la posición de Calibán como la propone Roberto Fernández Retamar: la de una americana nativa que adopta la lengua de sus opresores para combatirlos.<sup>11</sup> Menchú transforma su sed de conocimiento en parte esencial de su compromiso político: “Yo partí para otros lugares y ya con una tarea específica del CUC (Comité de Unidad Campesina). Me tocaba la organización de gentes. Me tocaba también aprender el castellano, a leer y escribir”. (182)

Al igual que Capetillo, Menchú reafirma su posición como pensadora a partir de la experiencia. Como sujeto subalterno Menchú reconoce la experiencia como un elemento vital dentro de la noción de conocimiento que le interesa: “Lo que valoraban más en mí, era mi conocimiento de las trampas. Mi conocimiento de la autodefensa. Mi conocimiento de buscar formas de salidas de emergencia. Tenía que enseñarles a muchos compañeros. Llego un momento en que a mí, a través de la integración, de mi participación como mujer, como cristiana, como indígena en la lucha, los compañeros me dieron responsabilidades también de acuerdo a mis capacidades”. (194) En el contraste que establece con su padre, Rigoberta combina experiencia con educación. Su padre, según palabras de Rigoberta, se sentía como “un hombre inválido” cuando tenía que dirigir a un pueblo entero sin saber castellano y tampoco leer ni escribir. Rigoberta toma la posta de su padre combinando la experiencia directa del sufrimiento de su pueblo con el conocimiento obtenido a través de la educación:

---

<sup>11</sup> Véase Roberto Fernández Retamar. *Calibán; apuntes sobre la cultura de nuestra América*. (México: Editorial Diógenes, 1971).

Y ya fui una mujer estudiada, no en el sentido de tener un grado, mucho menos de saber leer tantos libros, pero había leído toda la historia de mi pueblo, toda la historia de mis compañeros indígenas de las diferentes etnias. Estuve cerca de muchas etnias y me enseñaron muchas cosas, incluso que yo había perdido ya. (195)

Así el sujeto autobiográfico que construye Rigoberta Menchú consigue articular la experiencia de opresión y de lucha con el conocimiento formal que le permite avanzar sus objetivos.

### **La autobiografía intelectual de una dama de sociedad**

Tal vez el texto de una mujer latinoamericana que más se acerca a las convenciones de la autobiografía como género y que más atención ha recibido es la obra de Victoria Ocampo. Sylvia Molloy destaca el hecho de que los distintos volúmenes que constituyen esta obra resaltan una voluntad de inscripción institucional: cada uno de ellos lleva no sólo el título de autobiografía, sino también la fotografía de su autora, su nombre y una réplica de su firma. Para Molloy esa es la manera en la que Ocampo intenta combatir la invisibilidad, la falta de reconocimiento, que la amenazaba como intelectual. Estos volúmenes se presentan casi como prueba legal de su existencia como escritora. (Molloy, 1991:110) Victoria Ocampo es más conocida como directora de la prestigiosa revista *Sur* que como escritora por derecho propio. Su imagen concuerda más con la de una especie de mecenas de intelectuales argentinos y extranjeros o con la de un puente entre la literatura de otras latitudes y los lectores argentinos y latinoamericanos. Por ello, esa voluntad de un reconocimiento institucional en su autobiografía, con nombre, foto y firma, no responde a un capricho inmotivado, sino que resulta de las dificultades de obtener un reconocimiento como mujer de letras.

Si la autobiografía de Victoria Ocampo la consagra como figura pública, también demuestra que llegar a serlo no fue una tarea fácil. Ese no era el camino destinado para una mujer de su clase, que debía sobre todo reproducir los códigos heredados de su familia. En palabras de Beatriz Sarlo:

Su historia es la de una ruptura lenta, trabajosa, nunca completa, con el *chic* conservador de la “gente de mundo”, y la firma de un pacto de identidad con la “gente de letras y artes”. Elige la nobleza de toga frente a la nobleza de renta de la que provenía. Se desplaza, no fácilmente, de una elite a otra. (77)

Los iluminadores ensayos de Sylvia Molloy y de Beatriz Sarlo sobre Ocampo resaltan la relevancia de la lectura en la construcción del sujeto autobiográfico de la autora argentina. Sarlo se concentra en el desfase de la traducción que se evidencia constantemente en las experiencias narradas por Ocampo, desde una conciencia de tener el francés como primera lengua, hasta sus fracasos en acortar la distancia que los intelectuales extranjeros sienten con respecto a ella. Molloy subraya las formas en que la lectura y la propia imagen de Ocampo como lectora se convierten en una especie de performance: habiendo abandonado su sueño de ser actriz por presiones familiares, Ocampo hace de su pasión por la lectura una actuación, un personaje.

Como se señala más arriba, lo que Molloy llama “la escena de lectura” es frecuente en las autobiografías de escritores. Sin embargo, en Ocampo no se trata de una única escena de lectura, sino que las múltiples menciones a los libros, y sus lecturas acaban por darle forma a la vida de la autora. Desde temprano la lectura y la escritura serán un refugio frente a las demandas que la sociedad le impone:

Pero los libros en los que la gente se quería, sin que los persiguieran porque se querían... o en que conseguían verse aunque los persiguieran, eran un consuelo. Los libros, los libros, los libros eran un mundo nuevo en que reinaba una bendita libertad. Yo vivía la vida de los libros, y no tenía que rendirle cuentas a nadie de este vivir. Era cosa mía.

Además, las cartas...otro alivio; aunque no se las podía dirigir al verdadero destinatario. Escribir por escribir también me tranquilizaba... La palabra escrita ayudaba a escapar de las injusticias, de la soledad, de la pena, del aburrimiento. (137)

Si para las escritoras subalternas la formación intelectual se constituye en una forma de empoderamiento, de apropiación de instrumentos que les eran ajenos, para la muchacha de clase alta que era Ocampo, la educación también se produce casi a contramano de lo que su origen de clase le deparaba. Dicho en sus propias palabras:

La educación que se daba a las mujeres era por definición y adrede incompleta, deficiente. “Si hubiera sido varón, hubiera seguido una carrera”, decía mi padre de mí, con melancolía, probablemente...Tenía “facilidad” para aprender, siempre que no se tratara de aritmética. En esa materia era tan idiota como hubiera podido ser brillante en otras: en los idiomas, por ejemplo, y supongo que en las lenguas clásicas, si se les hubiera ocurrido someterme a esa disciplina que tan bien me hubiera venido en el porvenir. ¡Ay! ¡Cómo he lamentado el tiempo perdido y mi ignorancia, años después! (153-154)

Ocampo va a defender su pasión por la lectura a pesar de las limitaciones que le impone su familia: “A partir de mi adolescencia empecé pues a leer cuanto podía procurarme o cuanto consentían en leerme saltando pasajes escabrosos.... Una mezcla de autores, de muy distinto nivel, franceses e ingleses, se me amontonaban debajo del colchón unos, sobre las mesas otros...” Mientras que su posición social le da acceso a extensos periodos en Europa, cursos de literatura y filosofía en La Sorbona, museos, ballet, opera, Ocampo siente que la mayoría de la gente de su clase no tiene real interés por el mundo de la alta cultura. En las cartas a Delfina Bunge que incluye como parte de su autobiografía Ocampo declara:

Literato es una palabra que sólo se toma en sentido peyorativo en nuestro medio. “Es un literato” (o peor aún “es *una* literata”) significa un inservible, un descastado, un atorrante, hasta un maricón ... Si se trata de una mujer, es indefectiblemente una *bas-bleu*, una *poseuse*, está al borde de la perversión, y en el mejor de los casos es una insoportable marisabidilla, mal entrazada. En cambio, la palabra estanciero tiene prestigio. (216)

Si bien Ocampo nunca alcanza su sueño de ser actriz, vocación que hubiera hecho de ella una mujer pública a niveles intolerables para su clase, sí se convierte en literata. Su autobiografía da testimonio del arduo camino que sigue para forjarse ese papel. Su autobiografía es también la coronación de su inscripción como figura pública, con su foto, su nombre, su firma.

### **La intelectual y su reflejo posmoderno**

El último texto al que quiero hacer referencia escapa por completo a las convenciones autobiográficas y manipula convenciones ajenas a dicho género, como la tercera persona, sin por ello empañar el espejo autoreflexivo que construye.<sup>12</sup> Se trata de apenas una viñeta que Beatriz Sarlo esboza al final de la sección “Instantáneas” de su libro *Escenas de la vida posmoderna*. Las instantáneas de esa sección retratan a escritores y artistas argentinos y sus distintos acercamientos al arte, los medios masivos, la cultura popular. No usa nombres para ninguno de los personajes que describe. Apenas subtítulos como “Dos ópticas” o “Pájaros”. Una nota al final del capítulo ofrece los nombres para identificarlos:

Juan José Saer, Sergio Chejfec, Eduardo Stupía, Daniel Samoilovich son mis amigos; Juan Pablo Renzi lo fue hasta su desaparición en 1992. De ellos he tomado, con una libertad que no autorizaron pero que seguramente comprenderán, los rasgos de estas “Instantáneas”. Rafael Filippelli también tiene mucho que ver con todas ellas.

No menciona el propio nombre. No menciona a ninguna mujer. Pero el último hombre nombrado es el marido de la autora. Tal vez ese sea el gesto con el cual nos revela que “la mujer, desvelada pero incapaz de escribir una línea, sin ganas de leer ni de mirar ni de escuchar nada...” es un autorretrato bajo el subtítulo de “Insomnio”.

Beatriz Sarlo, a diferencia de las otras mujeres que hemos mencionado, escribe en un tiempo y en un lugar en el que su sexo no se presenta como un obstáculo ineludible para acceder al campo intelectual. Pero este acceso se da cuando, para la propia Sarlo, este campo ha perdido capital cultural en una sociedad cambiante, en la que los medios y la política parecen prescindir de ellos. En otro capítulo del libro Sarlo declara: “*Son los intelectuales*: una categoría cuya existencia misma hoy es un problema”. (179)

Así, cuando esta intelectual decide retratarse a sí misma como tal, es cuando ve que ese papel ha perdido su sentido. Y la forma en que se retrata es a través de un muy borgiano juego de espejos: en medio del insomnio, una mujer piensa en el escritor que admira como un alterego que no la reconoce. Por si los rasgos que identifican a esa mujer (“el respeto por las herramientas del oficio”, “la religión del arte, la república de las letras, la persecución común de la belleza y de la verdad”) no fueran lo suficientemente identificatorios, agrega el dato autobiográfico del nombre del marido, un director de cine reconocido en la Argentina. A través de los retazos, fragmentos y reflejos, la autora se nos

---

<sup>12</sup> Sobre esa variante en la convención autobiográfica véase Lejeune, Phillipe. “Autobiography in the Third person” *New Literary History: A Journal of Theory and Interpretation*, vol. 9, no. 1, pp. 27-50, Fall 1977.

muestra en su búsqueda intelectual en el momento en que esta búsqueda aparece como un remanente de otros tiempos, una tarea ardua y quizás inútil. (205)

En esta instantánea apreciamos la forma en la que la intelectual contemporánea, con acceso al espacio público de las cátedras universitarias y a la publicación de sus textos aún siente la necesidad de mostrar su trabajo intelectual como una gesta que se desarrolla en lo más íntimo: la mujer se levanta de la cama que comparte con su marido llevada por un insomnio que tiene que ver no con cuestiones domésticas o familiares, sino con preguntas que tienen que ver con el conocimiento y con la belleza. El gesto autobiográfico desnuda una intimidad del intelecto: el espacio privado de Sarlo es el de la mente y el de sus aspiraciones intelectuales.

Los cinco textos en los que me he detenido son apenas una muestra de cómo los sujetos autobiográficos que las mujeres construyen tienden a hacer público un deseo de participación intelectual en una sociedad que tradicionalmente ha limitado a las mujeres a la esfera de los sentimientos. Como señala Josefina Ludmer con respecto a Sor Juana, “los espacios regionales que la cultura dominante ha extraído de lo cotidiano y personal y ha constituido como reinos separados (política, ciencia, filosofía) se constituyen en la mujer a partir precisamente de lo considerado personal y son indisociables de él”. Así cuando las mujeres cuentan su vida íntima, el desarrollo de su educación y su pensamiento serán indesligables de ese relato.

## **Bibliografía**

BEVERLY, John. “The Real Thing (Our Rigoberta).” *The Places of History: Regionalism in Latin America*. Ed. And intro. Doris Sommer. Durham: Duke U.P, 1999, pp. 154-64.

BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 2000.

DE LA CRUZ, Sor Juana. *Fama, y obras posthumas del Fénix de México, Dezima Musa, Poetisa Americana, Sor Juana Inés de la Cruz*. (Edición Facsimilar con un prólogo de Fredo Arias de la Canal. México, Frente de Afirmación Hispanista, A.C, 1989.

LEJEUNE, Philippe. *Le Pacte autobiographique*. Paris: Seuil, 1975.

\_\_\_\_\_. “Autobiography in the Third person” *New Literary History: A Journal of Theory and Interpretation*, vol. 9, no. 1, pp. 27-50, Fall 1977.

LUDMER, Josefina. “Las tretas del débil”, en: Patricia Elena González, (ed. & introd.); Eliana Ortega, (ed.). *La sartén por el mango: Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras, PR: Huracán, 1984, pp. 47-54.

MENCHU, Rigoberta. Editado por Elizabeth Burgos. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. México: Siglo XXI, 1985. Decimoquinta edición, 1998.

MEYER, Doris. "The Spanish American Essay: A Female Perspective." *Reinterpreting the Spanish American Essay: women writers of the 19th and 20th centuries*. Ed. By Doris Meyer. Austin: University of Texas Press, 1995, pp 1-9.

MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia: La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Colegio de México, FCE, 1996.

\_\_\_\_\_. "The Theatrics of Reading: Body and Book in Victoria Ocampo." *Narrativa femenina en América Latina: prácticas y perspectivas teóricas*. Castro-Klaren, Sara. Ed. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2003, pp 161-184.

\_\_\_\_\_. "Introduction to Female Textual Identities: The Strategies of Self-Figuration." *Women's Writing in Latin America: An Anthology*. Ed. Sara Castro-Klaren, Sylvia Molloy, Beatriz Sarlo. Boulder: Westview, 1991. pp. 105-124.

OCAMPO, Victoria. *Autobiografía I. El imperio insular*. Buenos Aires: Ediciones Fundación Victoria Ocampo, 2005.

PRATT, Mary Louise. "'Don't Interrupt Me.'" The Gender Essay as Conversation and Countercanon." *Reinterpreting the Spanish American Essay: women writers of the 19th and 20th centuries*. Ed. By Doris Meyer. Austin: University of Texas Press, 1995, pp 10-26.

SARLO, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1994.

\_\_\_\_\_. "Victoria Ocampo o el amor de la cita". *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Habana: Casa de las Américas, 2000. pp. 77-150.

SPIVAK, Gayatri. "Can the Subaltern Speak?" En *Marxism and the Interpretation of Culture*. Editado por Cary Nelson y Lawrence Grossberg. Urbana: University of Illinois Press, 1988. pp 271-313.

STOLL, David. "The Construction of *I, Rigoberta Menchú*." *Brick*. Vol. 57, Fall 1997, pp 31-38. Politics in Latin America. Berkeley: U. of California Press, 1990.

YUDICE, George. "De la guerra civil a la guerra cultural: Testimonio, Posmodernidad y el debate sobre la autenticidad." *Narrativa femenina en América Latina: prácticas y perspectivas teóricas*. Castro-Klaren, Sara. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2003, pp 111-142.